

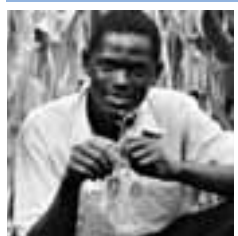
Producido en
asociación con

Brot
für die Welt



recetas contra el hambre

*historias con éxito para el futuro
de la agricultura*



septiembre 2001

GREENPEACE

ecuador
malawi
mexico
china
etiopía.
colombia
honduras
benín
lesoto
nicaragua
paraguay
kenia
argentina
sri.lanka
filipinas
zambia
costa rica
república dominica
bangladesh
indonesia
peru
niger
tailandia
nepal
sudán
madagascar
bolivia
tanzania
brasil
pakistan
uganda
mbabue
haiti
egipto
guatemala
suasiland
burkina faso
malí
chile
cuba
india
vietnam

recetas contra el hambre

historias con éxito para el futuro de la agricultura

Investigadores de la Universidad de Essex, financiados por Greenpeace, Brot für die Welt (“Pan para el Mundo”) y el Departamento Británico para el Desarrollo Internacional, han llevado a cabo el mayor estudio jamás realizado sobre agricultura responsable desde un punto de vista social y ambiental.

El estudio, que incluye proyectos en más de cuatro millones de explotaciones agrícolas de 52 países, descubre cómo los pobres del mundo pueden autoabastecerse utilizando tecnologías disponibles localmente, y que no dañan el medio ambiente.

Los tres casos que se recogen en este documento – en La India, Kenia y Bangladesh – demuestran cómo la creatividad y la ecología unidas tienen como resultado una agricultura que favorece la diversidad biológica y cultural.

■ *Reducir la escasez de alimentos con la agricultura sostenible. Un resumen de nuevas evidencias.* Jules Pretty y Rachel Hine, Centro de Medio Ambiente y Sociedad, Universidad de Essex, Feb 2001

GREENPEACE

Greenpeace International
Keizersgracht 176
1016 DW Amsterdam
Netherlands
t (31) 20 523 6222
f (31) 20 523 6200

Genetic Engineering Campaign
Chausseestr. 131
10115 Berlin
Germany
t (49) 30 30 88 99 14
f (49) 30 30 88 99 30

Septiembre 2001
ISBN 90-73361-76-1

Producido en asociación con
Brot für die Welt

Brot für die Welt

Traducido por Alicia Cantero y Rocío Da Riva.
Todas las fotografías son © de Greenpeace.
Para los créditos, ver el final de cada sección.
Portada y Contraportada: Karen Robinson.
Impreso por Cyclus by Primavera, Amsterdam

índice de materias

Se abren nuevos caminos **p2**



India, un mundo al revés **p3**



Tailandia, Centroamérica, Brasil, Etiopía **p8 y 9**

Un remedio contra los barrenadores y la ingeniería genética. **p10**



La ingeniería genética produce riesgos, no soluciones **p14**



Un mensaje desde Bangladesh **p15**

Revolución en los campos de arroz **p20**





Campeño del altiplano boliviano
cultivando patatas

Se abren nuevos caminos

Greenpeace ha contribuido a financiar el mayor estudio que se ha realizado sobre agricultura responsable desde un punto de vista social y ambiental

Greenpeace tiene entre sus objetivos “asegurar la capacidad de la Tierra para alimentar la vida en toda su diversidad”, incluyendo la vida humana y las necesidades de alimento de los pueblos, a través de una agricultura responsable desde el punto de vista social y ambiental. Sin lugar a dudas ésta es la cuestión fundamental de nuestra supervivencia. Los métodos de cultivo que minan la seguridad alimentaria de los pueblos, no afectan sólo a los que sufren el hambre, sino que además destruyen el medio ambiente. Los bosques y la vida silvestre desaparecen en la búsqueda de comida y tierra para cultivar.

La industria agrícola actual tiene más en común con la minería que con el cultivo de los campos. Sus métodos de cultivo comprometen la tierra de la que dependen todos nuestros alimentos futuros. El fracaso del enfoque actual de

la agricultura amenaza a ricos y a pobres indistintamente.

En lugar de cultivar alimentos para abastecer las necesidades de las comunidades locales con una dieta diversificada y saludable, la agricultura industrial produce cultivos para vender en los mercados mundiales. Desde 1950 se ha triplicado la producción mundial, sin embargo ahora hay más gente hambrienta que hace veinte años. Familias de pequeños agricultores han tenido que abandonar sus tierras y la población local no puede comprar lo que se cultiva. Muy a menudo el resultado es una espiral de destrucción medioambiental, pobreza y hambre.

Hambre y pobreza van de la mano. Las “soluciones” tecnológicas como la ingeniería genética (IG) impiden que se perciban los problemas medioambientales y sociales que causan el hambre. Estas “soluciones” no tienen en cuenta cuestiones como quién produce nuestra comida, cómo y dónde se cultiva, cómo se distribuye y quién

tiene acceso a ella. Cambios tan simples en las prácticas agrícolas como optimizar la recogida de agua de lluvia, pueden aumentar de forma notable el rendimiento de los cultivos. También es fundamental lograr unas mejores condiciones sociales. Entre los años 1970 y 1995, el cuidado de la salud, la mejora del estatus de la mujer y el acceso a la educación han sido los responsables de cerca del 75% de la reducción de la malnutrición infantil.

Existe un conflicto fundamental entre investigación agraria y desarrollo, entre una realidad que protege las necesidades de la industria privada y otra que contempla las necesidades reales de los más pobres y del medio ambiente. En 1989 se destinaron siete mil millones de dólares en ayuda al desarrollo en proyectos agrarios, forestales y pesqueros en todo el mundo; en 1999 la cantidad descendió a tres mil millones. Sin embargo, la crisis no sólo es una consecuencia del descenso del presupuesto. “La cuestión radica en que

se descuida de manera obvia la inversión en agricultura ecológica”, declara Von Hernández de Greenpeace del Sudeste Asiático.

El argumento de que la ingeniería genética es vital para alimentar al mundo está basado en la afirmación de que el hambre es el resultado de la escasez de alimento. La verdad es que aunque la tercera parte de los niños del mundo sufren malnutrición, cerca del 80% de ellos vive en países con excedentes alimentarios. En La India (país que contabiliza más de un tercio del hambre mundial y donde el 53% de los niños están desnutridos), en el año 2000 los silos rebosaban con cerca de 50 millones de toneladas de grano excedentario. En un mundo donde al libre comercio se le otorga una prioridad mayor que al derecho de los pueblos al alimento, la existencia de mil cien millones de personas desnutridas es inevitable.

Ante esta situación, ¿qué es lo que puede invertir el proceso de devastación ocasionada por la industria agrícola y asegurar que el mundo pueda alimentarse en el futuro? Investigadores de la Universidad de Essex, financiados por Greenpeace, Brot für die Welt y el Departamento Británico para el Desarrollo Internacional, han llevado a cabo el mayor estudio jamás realizado sobre una agricultura responsable desde

el punto de vista social y ambiental. El estudio incluye proyectos en más de 4 millones de explotaciones de 52 países y descubre cómo los pobres del mundo pueden autoabastecerse utilizando tecnologías disponibles localmente que además no dañan el medio ambiente. Esta investigación no pretende ser una solución para la seguridad alimentaria global, ni tampoco una lista exhaustiva de “respuestas reales” al problema del hambre. Pero los resultados son impresionantes: cuando los agricultores emplean estos métodos mejoran en un 73% de media el rendimiento de sus cultivos.

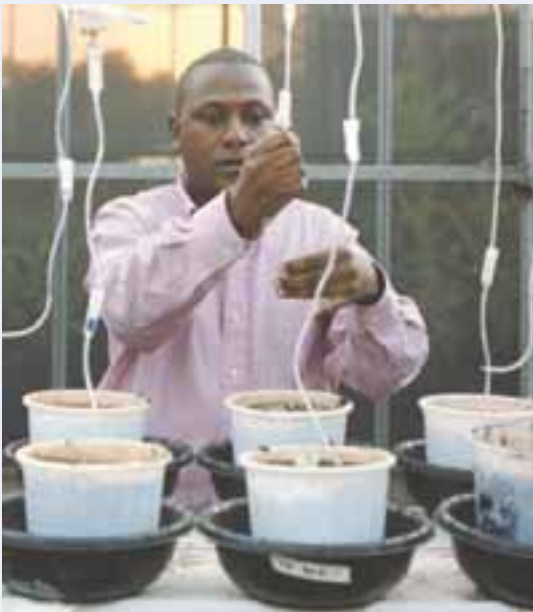
Los proyectos agrícolas en La India, como los que realizan en la Sociedad para el Desarrollo de Decán, muestran de qué manera puede mejorarse el rendimiento de los cultivos tradicionales utilizando métodos sensibles desde el punto de vista social y medioambiental. Iniciativas como las del Programa de Desarrollo del Gobierno de Rajastán (Watershed Development Programme) enseñan a la población local métodos para incrementar la fertilidad de la tierra. Técnicas como plantar árboles, setos o cultivos detienen la erosión. Aunque estos métodos son sencillos, su impacto es real: en pueblos que utilizan estas prácticas, la producción de arroz, trigo o sorgo se ha duplicado, porque además se

han fertilizado los suelos más pobres.

La solución no estriba en alimentar al mundo, sino en permitirle que se alimente a sí mismo. La seguridad alimentaria, es decir, la capacidad de una

“El tiempo ha reconocido las falsas promesas de la IG y de la agricultura industrial. Es hora de apoyar la revolución real en agricultura, una revolución que no separe las necesidades de las comunidades locales del medio ambiente, que restaure las tierras degradadas por la agricultura industrial y que ayude a los pobres a combatir su pobreza y su hambre”.

comunidad para alimentarse por sí misma con una dieta variada, es un problema complejo que no se resolverá de la noche a la mañana, sino que dependerá del acceso que tengan los pueblos a la tierra y al dinero. La



Arriba: Investigador agrario en Kenia. Derecha: Gabriel Crispin, campesino boliviano, y su hijo Esteban. Su seguridad alimentaria depende de ellos mismos, son capaces de producir su sustento, no necesitan el desarrollo de la ingeniería genética





Añadiendo compost al suelo en La India

ingeniería genética no les aporta ni lo uno ni lo otro.

Los cultivos de plantas modificadas genéticamente no sólo no traerán consigo la solución, sino que además representan una amenaza de daños irreversibles al medio ambiente, que es la base real de la seguridad alimentaria de las personas. La tecnología de la IG y el sistema industrial que ella mantiene, incrementan la dependencia hacia unos productos químicos agrícolas caros y hacia unos cultivos no diversificados, negando a las personas una dieta equilibrada y destruyendo el medio ambiente del que todos dependemos; además de aumentar la dependencia hacia las compañías que suministran la tecnología y hacia los países que otorgan los préstamos para pagarla. Lejos de ser una solución, las cosechas de alimentos genéticamente modificados mantienen todas las malas prácticas de la agricultura industrial. Paradójicamente, la difusión de su uso incrementará el número de hambrientos, no los reducirá.

El tiempo ha reconocido las falsas promesas de la ingeniería genética y de la agricultura industrial. Es hora de apoyar una revolución real de la agricultura, para satisfacer las necesidades de las comunidades locales y las del medio ambiente, para restaurar las tierras degradadas por la agricultura industrial y ayudar a los pobres a combatir su

pobreza y su hambre. Para conseguirlo, hay que reconocer que la agricultura, y las tecnologías que ahora son parte de ella, deben pertenecer a las comunidades y a la cultura en la que se encuentran. Existe una relación directa entre cultura y agricultura; las decisiones que se toman sobre cómo utilizamos la tierra y cultivamos nuestros alimentos en las naciones industrializadas y en los países más pobres, deberían tener este hecho en cuenta.

El académico y campaigner Prof. Miguel Altieri de la Universidad de California en Berkeley lo explica de forma sencilla: “En Iberoamérica el 80% de la tierra está en manos del 20% de los agricultores (se trata además de la mejor tierra), y el 20% está en manos del 80% de los agricultores, es decir, de los campesinos, que son los que producen el 50% de las patatas, el 60% del maíz y el 70% de las judías. Son los pequeños agricultores, y no los grandes, los que alimentan al continente”.

Son los campesinos, en el Sur y Este de Asia así como en Iberoamérica, los que disponen de la técnica y la motivación suficientes para proteger su medio ambiente, en su propio beneficio y en beneficio de los recursos globales de los que todos dependemos. El desafío de la revolución agrícola venidera consiste en brindar el apoyo suficiente que permita a los campesinos y a sus comunidades

autoabastecerse y proteger su medio ambiente. Los agricultores norteamericanos y europeos también tendrán que aprender pronto estas lecciones.

Greenpeace trabaja en la búsqueda de soluciones reales. El futuro para la agricultura está en reconocer su papel, no sólo como productora de alimentos, sino también como proveedora de agua pura, biodiversidad y suelo fértil, recursos en los que se asienta el futuro de todos nosotros ■

FOTOGRAFÍAS: SOPHIA EVANS, MATTHIAS ZIEGLER, SOPHIA EVANS, FLORIAN JAENICKE